



**desdelosimple**

Para contemplar la vida

Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario

Isaías 25,6-10; Salmo 22(23); Filipenses 4, 12-14.19-20; Mateo 22, 1-14.

Octubre 11 del 2020

## Invitados al Banquete

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

Al participar de la Eucaristía, podemos evidenciar el cumplimiento de la profecía inspirada a Isaías, en la que presenta el día del Señor, bajo la figura de un banquete en el que los pueblos se reúnen bajo el signo de la unidad y la paz, allí el alimento que consumen además de ser un alimento exquisito es también provechoso, en él muestra como Dios vence la muerte, nos reconcilia con Él, seca nuestras lágrimas y cura nuestras heridas (Is 25, 6-10) Todas estas cosas y muchas otras que no podemos siquiera imaginar o no nos atrevemos a pedir, suceden en el Banquete Eucarístico.

La doctrina eclesial sobre este sacramento esencial para nuestra vida, es abundante y rica en expresiones que nos permiten contemplar y asumir este misterio que se nos ha dado para nuestra salvación. De esto, sería conveniente recordar la carta encíclica del papa Juan Pablo II “Ecclesia de Eucharistia” (E.E.) promulgada el 17 de Abril del 2003, en donde se nos enseña como nuestra fe proclama la centralidad de este Banquete, para vivir de cara a Dios. Esta es la razón:

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y « se realiza la obra de nuestra redención ». (Lumen Gentium n.3) Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don (Dominicae Cenaen.9). Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con ustedes, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega « hasta el extremo » (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida. (S.S. Juan Pablo II, EE, 2003, n. 11)

Es preciso abrazar este misterio con total decisión de presentarle a Dios nuestra voluntad, para servirlo de tal manera que podamos ser dignos de participar en el Banquete eterno al que se nos ha invitado y frente al cual necesitamos presentarnos con una fe activa, que es nuestro traje de fiesta.



En el relato que nos presenta san Mateo (Mt 22, 1-14), la generosidad de Dios, se manifiesta en la invitación del rey, el cual no se desanima por el rechazo que recibe de los primeros convidados, sino que hace uso de diferentes medios para que los invitados puedan llegar. Los siervos que trabajan bajo las órdenes del Rey, logran llenar la sala, a todos los invitados se les ha dado la oportunidad de asistir al banquete, es claro que ninguno ha sido obligado a pesar de que el Rey tiene la potestad para hacerlo. Esta es una ocasión para entender que nos encontramos en la sala de este gran banquete, la fe que profesamos, nos ha abierto la puerta para entrar, el bautismo nos permite participar de toda la vida sacramental que Dios nos ofrece en su Iglesia.

La parábola nos insiste en que no es suficiente con entrar. Cuando el Rey se presente debemos estar vestidos con el traje apropiado para recibir a su hijo. Este traje consiste en la aceptación del llamado a vivir una vida acorde al Evangelio, revestidos de Cristo. Escuchar que Jesús nos ha llamado amigos y que nos ha invitado a abrazar el discipulado, debe provocar en nosotros una respuesta sincera y generosa; está la clave para llevar el vestido adecuado. San Jerónimo dirá que este vestido consiste en abrazar la ley de Dios movidos por el amor y asumir su consecuencia “una vida virtuosa”. Cuando no vivimos acordes a nuestro bautismo también escuchamos como en la parábola: “Amigo ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta?”

Para mantenernos activos en la invitación de Dios, es necesario cultivar la fe, para ello recordemos la invitación de la Iglesia en su carta encíclica sobre la luz de la fe:

En el centro de la fe bíblica está el amor de Dios, su solicitud concreta por cada persona, su designio de salvación que abraza a la humanidad entera y a toda la creación, y que alcanza su cúspide en la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo. Cuando se oscurece esta realidad, falta el criterio para distinguir lo que hace preciosa y única la vida del hombre. Éste pierde su puesto en el universo, se pierde en la naturaleza, renunciando a su responsabilidad moral, o bien pretende ser árbitro absoluto, atribuyéndose un poder de manipulación sin límites. (Lumen Fidei n. 54)

Continuemos orando a Dios, acompañados de la meditación del santo Rosario, en este mes dedicado a esta oración contemplativa que estimula la vivencia del Evangelio, de esta manera podremos descubrir en la compañía de la Virgen María, como podemos estar vestidos adecuadamente para recibir a su Hijo, en el tiempo previsto por el Padre.